Sobre una tumba una rumba

Guillermo Cabrera Infante

Detesto escribir notas necrológicas de amigos queridos porque es un poco como cerrarles los ojos. Severo Sarduy fue mi amigo desde los años 50. No lo conocí en la revista *Ciclón* con que Rodríguez Feo liquidó de un golpe de viento (el logo de *Ciclón* era un Eolo soplando) a *Orígenes*. Lo conocí en la acogedora noche habanera paseando con Miriam Gómez por La Rampa, entonces rampante. Severo era delgado y lánguido —cimbreante como una caña pensante. Luego publiqué sus primeros cuentos en *Carteles*, el joven casi médico cansado de ser un niño prodigio. Después, cuando dirigía yo *Lunes*, hice públicos sus ensayos sobre pintura cubana, tan maduros que le sirvieron para ganar una beca en París. Se fue a Francia a fines de 1959 declarando que volvería a pasear su imagen de nuevo romántico (todavía exhibía su cabellera negra con orgullo) por La Habana —pero nunca volvió. Fui tal vez el causante de que su estancia en París se convirtiera en exilio. Paseando por los jardines del Louvre en octubre de 1962 me dijo que sus estudios de historia del arte (se especializó en el retrato Flavio) terminaban y planeaba regresar a Cuba. Le dije que sería un error, tal vez fatal. Acababa de saber que la persecución de homosexuales se sistematizaba en toda la isla: sería una víctima propicia. No podía sospechar que sería un día una víctima renuente, como Reinaldo Arenas: un mal íntimo y no Fidel Castro en la distancia extermina a los escritores del exilio.

Después nos vimos a menudo: en París, en Barcelona y en Madrid. También en Londres, donde al salir de un restaurante y encontrarnos de sopetón con Rock Hudson, Severo abrió la boca desmesurado: era en realidad John Gavin. De pronto, se desprendió de nosotros, echó a correr y recorrió toda la manzana de Leicester Square sólo para volver a ver al actor —que de todas maneras ya había desaparecido en la noche de Londres. Severo suspiró suave. Parecería la expresión habitual de su deliciosa frivolidad, pero era sólo apariencia: la capa de oropel y frases frescas abrigaba a un escritor de veras extraordinario, casi único en el idioma, y un crítico (literatura, pintura) de una sagacidad tan apta como su capacidad de expresión. Era, sin duda, un intelectual.

Con Sarduy muere en el exilio (como murió en Cuba con Lezama) la tradición cubana del poeta culto que comenzó con José María Heredia a principios del siglo pasado, se continuó con José Martí y culminó con Julián del Casal a fines de siglo. Costó muchos años a Severo conseguir su cultura y, en su devoción por Lezama, logró una expresión a la vez cubana y erudita.

Murió de una enfermedad que entre sus síntomas públicos produce un secreto a voces. Pero Severo sabía que agonizaba y sin embargo compuso uno de sus libros más ingeniosos, *Corona de las frutas*, décimas a la vez populares y cultas —como las letrillas de Góngora precisamente. Para alguien herido de muerte este *tour de force* no puede ser más alegre. Lezama describió la muerte de Casal, extrañamente asesinado por un chiste (tuberculoso *in extremis*, al reír la carcajada se le convirtió en hemoptisis: la sangre que no cesa), en que el poeta actual dijo del otro poeta que había "muerto con su tos alegre". Quiero contar ahora un cuento de Severo que lo retrata de cuerpo presente.

Corrían los días de *les Evenements* en 1968. Para algunos eran divertidos, pero no para los exiliados cubanos en París que habían huido de una revolución para sentirse atrapados en una revuelta. Estaban, entre otros, Néstor Almendros y Severo sentados en el *Café de Flore*, el favorito del escritor y el cineasta, cuando Néstor le preguntó a Severo qué iba a hacer "si ganaban". Severo respondió: "Quedarme y adaptarme". Néstor no lo podía creer: nunca soportó el oportunismo y así lo dijo, y Severo con la misma voz pero con una inflexión cubana respondió: "¡Qué va, chica! Estaba bromeando. Si yo soy una gusana del carajo".

La influencia de Severo como prosista es considerable: varios nuevos novelistas españoles y hasta un escritor puertorriqueño adoptan sin adaptar sus manerismos y escriben relatos de homosexuales (travestís, locas locales) que hablan con voz de mujer. Pero sólo en Severo esta cintilante escritura transexual es genuina. Ha conseguido traer, junto con Manuel Puig, una sensibilidad epicena a la novela. Existía antes pero no se atrevía a expresarse, porque era el humor que no podía decir su nombre.

El humor de Sarduy (a quien Lacan nunca habría llamado *père Sèvére*) es bien cubano, habanero de abanico y ni aun en traducción francesa se hace francés: es, como el colibrí, un pájaro de las islas. Aunque vecino de París: la intención oculta es siempre culta. Pero, contradicción viva, el lenguaje de Severo es singularmente popular, de jerga y juerga, ése con que todavía se divierten, intentan hacer cosa diversa a la dura realidad, los cubanos de la isla.

Ahora una breve explicación del juego popular que hace en parte el arte de Severo ininteligible aun ante entendidos. La localizo, ese es el verbo, en la página 21 de *De dónde son los cantantes* —pero cualquier página serviría a Severo, que amaba la *explicatio non petita*.

"La china de la charada" es la feminización (para Severo un trueque habitual) del chino de la charada. Éste era una representación, a veces gigante, de un mandarín de coleta, pipa (de apio no de opio) y babuchas. Sobre la figura exótica del chino se imprimían dibujos de animales diversos, en una zoofilia visual. Pero, ojo, había también figuras humanas —como por ejemplo una monja. Debajo de cada figura venía un

número que era su símbolo. El caballo era un símbolo identificable con una forma imaginada durante el sueño, una suerte de metáfora invariable. Pero el verdadero símbolo, o el símbolo que se pretendía real, era el número inscrito debajo de la figura. Al caballo correspondía el número 1.

Esta carta o cartilla servía para hacer numerables los sueños —en una mitificación que era la absoluta desmitificación de Freud y aun de Jung. Si alguien soñaba, digamos, con una monja, no tenía más que buscar en la charada china y encontraría que la monja en el sueño siempre se corresponde con el 6 en la charada. Severo escribe de seguidas "gato boca" y éste es el doble símbolo del número 4, que tiene en la charada china un gato y una boca. Parece de veras una imagen de Dalí con la cabeza de un gato saliendo de una boca, pero sólo significa que el sueño distinto de un gato o una boca tiene el mismo símbolo numérico.

Más abajo Severo llama a una mujer la Sola Vaya —que no es más que una transformación en epíteto de una exclamación popular cubana: "¡Sola vayas!", un conjuro para alejar a la muerte —usualmente representada por una lechuza que pasa. (Es decir, un búho que vuela silencioso en la noche tropical.) En la misma página alguien "le ha puesto la tapa al pomo", que es tapar un frasco y además concluir un asunto o una conducta ya de por sí extravagante que alcanza ahora su extremo. *Accusatio manifesta*.

La novela no es una novela, es una parodia. O una serie de parodias sucesivas. Desde el "Curriculum cubense" hasta "La entrada de Cristo en La Habana", la realidad se hace irrealidad por la parodia. Desde la primera línea ("Plumas, sí, deliciosas plumas de azufre, río de plumas... plumas en la cabeza, sombrero de plumas") que se vuelve y revuelve en varias primeras líneas, donde una, "colibríes y frambuesas", anuncia uno de sus últimos títulos. Ya en esa primera línea (alguien "bailaba entre dos espejos") se ve claro a través del espéculo oscuro de las palabras que toda su literatura —él mismo se verá severo— es un travesti y una danza de gestos. Todo lo que se cuenta es un parodiar no por odiar. Si no es Severo es Ben Trovato.

En *Tires sur le pianiste* una parodia promete para la parodia:

> *Avanie et framboise:*
> *les mamelles du destin.*

La música cubana suele cantar calaveritas de azúcar, esqueletos rumberos que animarían a Posada, sones y danzones para el Día de Difuntos. Ese día puede ser cualquier día. Oigamos a Beny Moré entonando un elogio fúnebre en "Rumberos de Ayer" en su voz de muerto inmortal:

> Qué sentimiento me da
> cada vez que yo me acuerdo
> de los rumberos famosos.
> ¡Qué sentimiento me da!
> ¡Oh Chano! Murió Chano Pozo.
> La muerte de Andrea Baró,
> Malanga también murió.
> Cayó Lilón y Pablito.
> Murió Mulensa y René.
> (montuno)
> Sin Chano no puedo bailar.
> Sin Chano no quiero bailar.

Pero el lamento es un son compuesto por el propio Beny Moré. Dijo Edward Ash al oír el son: "Nunca antes había oído música más alegre para cantarles a los muertos". Murió Severo Sarduy. Oh Severo, oh Sarduy, podía haber cantado el Beny y, sí señor, cómo no, Miguel Matamoros también; él es cantante y sonante del "Son de la loma", que en su mismo título encierra un son y un *pun*. Severo tomó una de las interrogantes del son ("Mamá, yo quiero saber/ de dónde son los cantantes") para transformarla en una aserción al tiempo que responde a Matamoros en *De donde son los cantantes*. No cantan en llano canto llano, cantan en vano.

Antes de caer bajo la influencia aplastante de Lezama, que se inicia en *Cobra*, Sarduy en *De donde* chancletea: anda en chancletas. Otra contribución china a la cultura popular cubana fue la chinela, forma fina, que es la que calza el chino de la charada. La chinela chusma se llama chancleta y no es de raso bordado sino una suela de dura madera a la que se clava como empeine una banda de goma, usualmente del caucho en desuso de un carro o camión. La chancleta era el calzado no ideal pero usual en el solar, el quintopatio que creó La Habana. Este don o dádiva china siempre tuvo connotaciones cómicas. Ese Teatro Changai (que no debe nunca escribirse Shanghai) en que la mala palabra era *la* palabra y el taco tacón y coturno teatral y donde las mujeres llevaban la *cheongsam* total: vestiduras rasgadas —no podía ser menos, el centro universal de la representación para Severo. Allí, antes de que él naciera, se unieron la chancleta y la chacota para producir un misterio. Se titulaba: *Chan Cle Ta's Murder Case*. Única traducción: casi mordieron a Chancleta. Cae el telón de las sombras.

Severo Sarduy comenzó como poeta en la revista *Ciclón* y un huracán político lo llevó a París y ahora otro viento, Céfiro suave, lo trae de París a su inmortalidad cubana. Lo último que escribió fueron poemas, sonetos eróticos, décimas de parodia y una monstruosa paráfrasis de San Juan de la Cruz. *Corona* es su epitafio. (Aunque él advirtió: "Ni flores ni coronas".) Así cerró feliz su círculo en su escritura. No se puede decir lo mismo de la vida de quien fuera el autor de *Escrito sobre un cuerpo*. Esta nota necrológica debía estar escrita entonces sobre un cadáver. Pero el reciente *Diccionario de la literatura española e hispanoamericana* viene a interrumpir mi misión macabra al colocar a Severo, sin ironía aparente, entre Sarmiento y *Sarao de amores*. Permiso para introducir ahora una rumba final por toda la compañía.

> A llorar a nuestro Severo.
> ¡Zumba, canalla rumbero!
> Ese escritor no val agujero.
> ¡Zumba, canalla rumbero!
> Ahí va un cubano directo al cielo.
> ¡Zumba, canalla rumbero!

Londres, en los idos de junio de 1993. □